

Historias que buscan refugio

Asad Gabi Rahji. Siria

Siwar:

Nací de un padre portero y una madre sin trabajo que no tenía otro negocio que criar a sus diez hijos: nueve niñas y un único varón. Nunca fui a ninguna boda con mi madre, ocasión que se consideraba una excelente oportunidad para casar a las niñas. La vida de indigencia que llevaba con mi familia me disuadía de la mera idea de casarme o formar una familia.

Tener un hijo fue el sueño de toda la vida de mi padre, después de que mi madre fallara nueve veces de diez para darle hijas en su lugar. Esos fracasos iban acompañados de una presión arterial alta, dolores en las articulaciones, estados de ánimo insostenibles y episodios constantes de ira y quejas.

Recuerdo que una vez eché en cara a mi padre el terrible destino que nos impuso al traernos a este mundo. Recuerdo que fue justo después de que a mis hermanas y a mí nos diagnosticaran vaginitis porque no teníamos dinero para compresas y nos obligaban a usar trapos de tela en su lugar. Las compresas eran un lujo que no podíamos permitirnos con el magro salario de mi padre.

El único sujetador que tenía lo compró mi madre en una tienda muy barata, y estaba hecho de una tela muy pobre. Cada vez que la correa se rompía o se agujereaba la copa, mi madre me lo cosía y me decía: «Cuando te cases, tu esposo te comprará ropa maravillosa». «No, gracias», respondía yo siempre. No estaba dispuesta a repetir el mismo círculo vicioso de pobreza que mi padre y ella habían forjado hace años.

Luego llegó la escuela secundaria y aprobé mi último año, pero la terrible situación financiera me hizo imposible ir a la universidad. La creencia inquebrantable de mi padre era que la educación no ayuda en nada una niña. Con ese golpe final, mi sueño de convertirme en periodista, como Oprah Winfrey, se fue con el viento. Pensé que si ella podía ser quien era después de tantos años viviendo con

una familia disfuncional en la pobreza, yo también podría lograrlo, pero ¡ay, qué equivocada estaba!

No pude volverme rica o famosa pero, Dios mío, sí me convertí en ama de llaves de los ricos y famosos. ¡Qué suerte la mía! Y no solo eso, sino que también me negué a casarme con todos los hombres que me propusieron matrimonio. Este mundo miserable no necesita más gente necesitada.

Mi padre, sin embargo, no compartía mi punto de vista. Como el resto de la sociedad, creía lo peor de mí. Me obligó a someterme a una prueba de virginidad en varios centros, creyendo que realmente podría haber perdido mi virginidad. Si bien los médicos me miraban con compasión, él estaba muy ansioso, y luego eufórico cuando las pruebas demostraron que yo no mentaba. En ese momento fue como si le hubiera tocado la lotería, imaginad cómo estaba yo. ¡Qué degradación y humillación!

Batol:

Estoy esperando la pena capital. Al final de ese pasillo, hay una soga gruesa con mi nombre. Estoy impaciente por que esa cuerda me ahogue en el cuello como una serpiente que ahoga a su presa antes de tragarla por completo.

Mi historia comenzó con un hombre al que veía a menudo en una parada de autobús camino de la universidad. Mi familia, muy pobre, sobrevivía con la pensión militar de mi padre muerto, que no era mucho. De alguna manera, el hombre reunió información sobre mí y se enteró de lo suficiente como para atraerme. Dijo que era un empleado de la oficina de préstamos estudiantiles del ministerio y que podía ayudarme a obtener un préstamo estudiantil.

Era amable, decente y no tenía malas intenciones. Y así, me encontré enredada en su red. Fui a verlo a su oficina para obtener ese préstamo. Me enamoré de él. ¿Cómo no iba a hacerlo? Su dulzura, su profesio-

nalidad y su entusiasmo por ayudarme lo pintaban como el mejor caballero y el esposo adecuado para mí.

Mi culpa fue dejar que las cosas llegaran demasiado lejos físicamente. ¡Pasó una sola vez! Sangré después y me aseguré que se casaría conmigo. Me lo prometió. Incluso me llevó al médico, el cual declaró que, efectivamente, había perdido la virginidad y que podía arreglarlo con una operación de ochocientos dólares. Él dijo que no era necesario, íbamos a casarnos.

Entonces empezó a titubear. Dos años más tarde, aún seguíamos solteros y, al terminar yo la universidad, se me acabaron las excusas para no casarme con ninguno de mis pretendientes. ¿Cómo podría haber aceptado a alguno de ellos cuando las posibilidades de que me aceptaran en mi condición eran tan remotas? Si me descubrían, mi reputación se vería empañada para siempre. ¡Me matarían!

Entonces, le supliqué que se casara conmigo, incluso aunque después decidiera disolver el matrimonio. Él me aseguró que estaba construyendo una nueva casa para vivir allí los dos después de casados, y que muy pronto le propondría matrimonio a mi familia. ¡Entonces vino el golpe!

Efectivamente, estaba preparando un nuevo hogar para casarse, pero no conmigo. Tenía la intención de contraer matrimonio con una muchacha rica del Golfo.

Llo llamé muchas veces, pero él nunca me contestaba.

Fue entonces cuando me sacudí las esperanzas que, como un delirio, había estado albergando durante dos años. ¡¿Cómo había podido creerme que se iba a casar conmigo?!

Dominada por la indignación, decidí que necesitaba vengarme. No iba a salirse con la suya. Lo presentaría como un sacrificio a los dioses de esta sociedad tan rígida, tan obsesionada con las costumbres y tradiciones.

Tomé el único recuerdo que me había dejado mi padre, su arma, y me presenté en su oficina. Al ver mi semblante lleno de rabia, trató de calmarme y me pidió que fuéramos a un lugar tranquilo para poder hablar. Fuimos a alguna parte donde no había nadie. Allí empezó a soltar una mentira detrás de otra acerca de por qué quería casarse con la chica rica del Golfo, y me prometió que, con su dinero, podríamos llevar una vida próspera juntos.

Todo eso no era más que una sarta de estupideces para deshacerse de mí. Si se casaba con esa chica,

yo sabía que nunca volvería a verlo. Me dejaba un destino sellado. Entonces, ¡lo sentencié!

¡Intentó tocarme, besarme, que nos acostáramos allí mismo!

Entonces el asunto se puso muy serio, y no me arrepiento ni un poquito de lo que hice.

Agarré el arma y lo acallé de una vez por todas.

El forense escribió en el informe que, en el momento de morir, estaba excitado sexualmente, lo que hizo que mi historia fuera creíble para los investigadores.

El resto de la historia, sin embargo, estaba plagada de mentiras. El médico confirmó que yo no era virgen y las chicas que trabajaban en su oficina juraron que nunca me habían visto antes. Realmente, no puedo culparlos. Sé cómo es esta sociedad y en qué se verían envueltos si dijeran la verdad.

De todos modos, sabía que la soga era para mí. Aunque no hubiera estado en mis cartas, ya se habría encargado mi familia de ponérmela al cuello.

Nadia:

Desde que era niña, tuve ambiciones, perseverancia y muchos sueños, así que no es de extrañar que me graduara en la escuela secundaria y la universidad con honores, con notas superiores a todos mis compañeros. Estuve trabajando para una firma de arquitectura durante ocho años. A lo largo de esos ocho años, fui una empleada ejemplar, siempre deseosa de ser jefa de mi departamento.

Así que no dudé en presentar mi solicitud al puesto cuando se anunció una vacante interna. Estaba segura de que, con mi notable experiencia laboral, la evaluación de los empleados y mi currículum impecable, lo conseguiría.

El comité de contratación para el puesto no consideró que esas cualificaciones fueran suficientes. Ignoraron mi solicitud y contrataron a un ingeniero externo llamado Nader, con menos experiencia que yo y sin ningún conocimiento de nuestras políticas y contextos de trabajo.

Pero ¿quién era yo para hacer la menor objeción?! Era una decisión de la empresa, no mía, por muy incomprensible que resultara.

Después de un tiempo, el ingeniero externo renunció al puesto porque encontró una mejor oportunidad en una empresa del Golfo. ¡No tenían más opción que darme el puesto por el que siempre

había luchado, solo que por un salario un poco más bajo, solo un 75% menos que el de aquel extraño!

Amal:

Mi padre era polígamo y mujeriego.

Y mi madre estaba indefensa.

Ambos me obligaron a casarme con mi primo por parte de madre a la edad de quince años.

Mi esposo no era muy trabajador, carecía de toda educación, siempre estaba enojado y constantemente ansioso, y me golpeaba cada vez que le pedía comida o ropa para nuestros hijos.

Un día, de repente, cambió. Empezó a vestirse y a peinarse la barba como los yihadistas. Se metió en un grupo de hombres como él y los seguía a todas partes. Viajaba con ellos y a veces no volvía en semanas, incluso meses.

Decidió sacar a nuestros cuatro hijos de la escuela para que los niños pudieran unirse al «servicio de la mezquita» —como él lo llamaba—, y las dos niñas pudieran trabajar para una señora que las acogió a cambio de enseñarles el Corán y la religión —obviamente, aquello era explotación infantil—.

Entonces, mi vida volvió a dar un vuelco y caí en la desesperación. Necesitaba recibir ayuda de cualquier forma. Pediría a mis vecinos lo que pudieran darme. Y sí, el hijo de un vecino me dio algo.

No fue comida ni bebida.

Me dio lo que la indiferencia de mi esposo, pese a su título, no pudo darme.

Así, me quedé embarazada después de un tiempo.

Meses después, mi esposo regresó de sus viajes. Mis temores me llevaron a la policía y admití haber cometido adulterio. Pensé que la cárcel sería un lugar más seguro para mí en ese momento.

Aquí estoy, cinco años después, en prisión.

No tengo ninguna relación con mis hijos porque ahora soy igual que una puta. Mi hija, la que nació del adulterio, fue a un hogar de acogida.

Al hijo del vecino también lo encarcelaron una vez por adulterio, pero enseguida salió de prisión. Y sí... ahora lleva una vida normal. Como si nunca hubiera pasado nada.

¡Qué lujo poder lograr algo así!

Ahlam:

Me dirijo a ustedes desde debajo de la tierra.

Estoy muerta, ya ven.

No solo he muerto. Mi padre me mató.

La historia, en pocas palabras, es que yo era una conversa religiosa.

No voy a entrar en detalles sobre lo que era antes y lo que soy ahora.

No quiero hacer propaganda de una determinada religión.

Para lo que estoy aquí es para decirles que esta historia habría tomado otro giro si yo fuera un hombre.

Si yo fuera un hombre, nadie habría pestañeado ante mi decisión.

¿Que cómo lo sé?

Porque mi primo varón hizo lo mismo hace años y salió impune.

Pero yo no soy un hombre.

Yo soy una «chica». Cargué todo el peso del mundo sobre mis hombros, incluidos mi reputación y el honor de mi familia. Eso es lo que creía mi padre.

Un día, me pidió que diera un paseo para hablar sobre mi cambio de religión. Salí con él, emocionada por su cambio de comportamiento. Tal vez ahora me vería como a una igual.

Nos detuvimos en un lugar vacío y pintoresco, donde la naturaleza fue el único testigo de mi asesinato. Tan pronto como mi padre se aseguró de que no había nadie alrededor, me golpeó sin piedad.

Me pateó, me insultó y me asestó varias puñaladas con un largo palo de hierro. El apuñalamiento se prolongó durante más tiempo que el resto de los golpes.

Ni siquiera me dio la oportunidad de defenderme o redimirme con una vuelta a mi religión.

Después de cerrar los ojos para siempre, una enorme roca me cayó sobre el cráneo, rompiéndolo en pedazos.

Pero, para entonces, ya estaba muerta. Probablemente él no sabía que podía verlo aplastando mi cráneo desde arriba, o tal vez fuera desde abajo.

No me arrepiento de haber dejado ese mundo horrible. Ahora estoy en un lugar mejor. ¡Pero no puedo evitar preguntarme por qué mi padre hizo algo así!

Mi primo no tuvo que enfrentarse a semejante destino.

¿Acaso las chicas somos una carga tan enorme para nuestras familias?

Cuando vine a este mundo, encontré a muchas otras chicas esperando, como yo. Vinieron a este mundo de la misma manera que yo y por razones similares.

Cada día vienen más. Todos estamos felices aquí. No nos quejamos, pero, ¿cuánto tiempo tendremos que esperar hasta que todas las otras, las vivas, dejen de sufrir al otro lado?

Asaad:

Hola.

Soy Asaad.

Soy la única voz real que habla en estas hojas de papel.

Los personajes anteriores son solo arquetipos de personas que vemos todos los días.

En Siria, como en muchos otros países, una gran parte de la población vive obsesionada por las mujeres y los crímenes de honor. A veces pienso: «Gracias a Dios que nací hombre».

Entonces pienso que eso es muy egoísta por mi parte. Mientras yo vivo contento por el sexo que me ha tocado, el otro sexo vive dominado por miedo, la tortura y los terrores perpetuos.

Algunas mujeres son sacrificadas, otras permanecen atadas en un cuarto oscuro y otras anhelan protección. En esos momentos, estoy seguro de que mi papel no debe limitarse a estar contento. Necesito estar ahí para ellas; para cada una de las niñas que perdieron su camino en esta sociedad que mide sus estándares según un doble rasero, para las que se enfrentaron al peor juicio por parte de quienes se suponía que debían protegerlas.

A veces me río de mis sueños ingenuos y teñidos de rosa y soy consciente de cómo me pueden llamar mis compañeros, pero también estoy seguro de que la semilla del bien todavía existe y seguirá creciendo y floreciendo. Las mujeres tendrán su oportunidad para acceder a la igualdad algún día. ¡Un día llegará!

Hasta que llegue ese día, estoy con todas las mujeres indefensas, ofrezco mis condolencias a quienes sufrieron y apoyo a quienes luchan por los derechos de sus hermanas en todas partes.

Dame a luz

Tatiana Rakočević. Montenegro

«Seis dedos», dijo limpiándose la secreción brillante de las manos.

El gesto encerraba algo perturbador: tal vez, antes de hacer la ronda, se había hurgado la nariz o, en el peor de los casos —me odié mientras lo pensaba—, había examinado a otra mujer de parto, una con una higiene menos estricta que la mía, y la había examinado de la misma forma que me examinó a mí. De camino a la habitación, seguro que tocó al menos tres puertas con la palma de la mano o el codo, y al salir de la sala de operaciones agarró directamente el pomo de la puerta. Que yo supiera, estrechó la mano, una sola vez, de un padre primerizo, lo cual supuse por el hecho de que este había hecho la ronda con una botella de *brandy*; y

A las víctimas de la violencia obstétrica, que nadie ha logrado contabilizar aún.

en esa ocasión, después de lamerse con afán el pulgar, rascó la superficie de la cubeta metálica para eliminar unos restos de sangre seca. Y lo consiguió: ahora tenía los restos debajo de la uña.

Cuando, después de muchos titubeos, traté de recordarle que se enjuagara las manos —con la esperanza de que no le importara, solo un poco si era posible—, me miró como si acabara de decirle que él era el padre de mi hijo. Y, luego, para dejar bien clara su superioridad, preguntó:

—¿Quién es el médico aquí, tú o yo?

Por miedo o simplemente por sorpresa, no repliqué.

Escasez por todas partes. Agujas, jeringas, gasolina médica, desinfectante y, por último, guantes estéri-